



*Bellas
Artes 74*

NOTAS

ANTONIO PALOMINO Y EL ARTE DE ENCUADERNAR

JUAN ANTONIO VALLEJO NAGERA

«¡¡Quinientas mil pesetas por una encuadernación!!»

La cifra record pagada por una encuadernación española contemporánea es de setecientas mil.

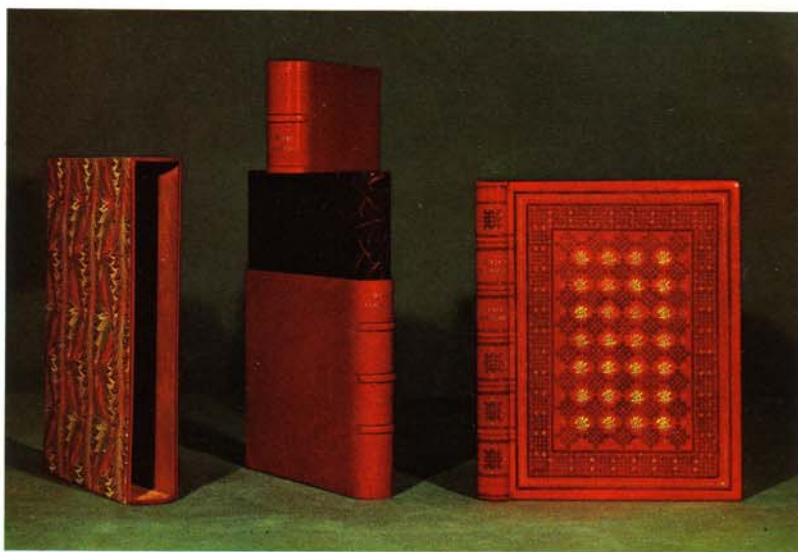
«Pero... ¿qué tiene esa encuadernación?... ¿Música?»

No, no tiene música, pero sí un sonido especial y que, al cerrarla con ligera brusquedad, un bibliófilo sutil puede distinguirla con los ojos cerrados de una encuadernación vulgar.

Emilio Brugalla (1), uno de los pocos que en el mundo saben hacerlas de tal perfección, la ha descrito así, desde el punto de vista acústico: «Abre sus puertas sin crujir, revela su misterio y las



1



2

cierra pomposamente, sellando su mutismo con sonoridad».

Por supuesto, este matiz sonoro viene dado «por añadidura». Lo que el encuadernador-artista busca es la perfección en los planos visual y táctil. Muchos coleccionistas son capaces de distinguir, sólo por el tacto, una encuadernación inglesa del siglo XIX, en piel de ternera, con escaso margen de error; sólo fallarán ante imitaciones tan perfectas que sean otra pequeña obra maestra. El tacto de la badana es distinto del pergamino, del «chagrin de gra-

no largo», de la piel de cerdo, del «marroquín Oasis», del marroquín francés, y la selección de la piel debe estar en armonía con el contenido y época del libro y con su ornamentación.

A lo largo de los siglos, el oficio y el arte de encuadernar ha ido variando en sus metas de perfección. El virtuosismo del hecho mismo de encuadernar llegó a apreciarse tanto en una determinada etapa (la de las encuadernaciones llamadas Jansenistas), que para no distraer la atención se prescindió de todo adorno dorado o gofrado (2), excepto

1. - P. J. Redouté, "Les roses". Paris, Impr. de Firmin-Didot, 1817-1824. La obra más famosa sobre las rosas. 170 láminas grabadas y coloreadas al agua. Tres Volúmenes. "Toda la contratapa coloreada sobre papel marfileño y dorada después. Nadie hizo este tipo de decoración con tal procedimiento. Giralón pintaba algún motivo, que después era pegado".

2. - "Arbol de batallas". Códice del siglo XV. Traducción de Mosén Diego de Valera, dedicada al Condestable de Castilla Don Alvaro de Luna. Encuadernación en marroquín rojo, doblada de marroquín color tabaco, cuajada con hierros de tipo mudéjar y motivos dorados de dos pelicanos luchando. Pequeños puntitos dorados y filetes en gofré y oro representando una puerta de la época. Manuscrito en pergamino, con miniaturas en varios capítulos. Escudo del Gran Condestable de Castilla, Don Alvaro de Luna.

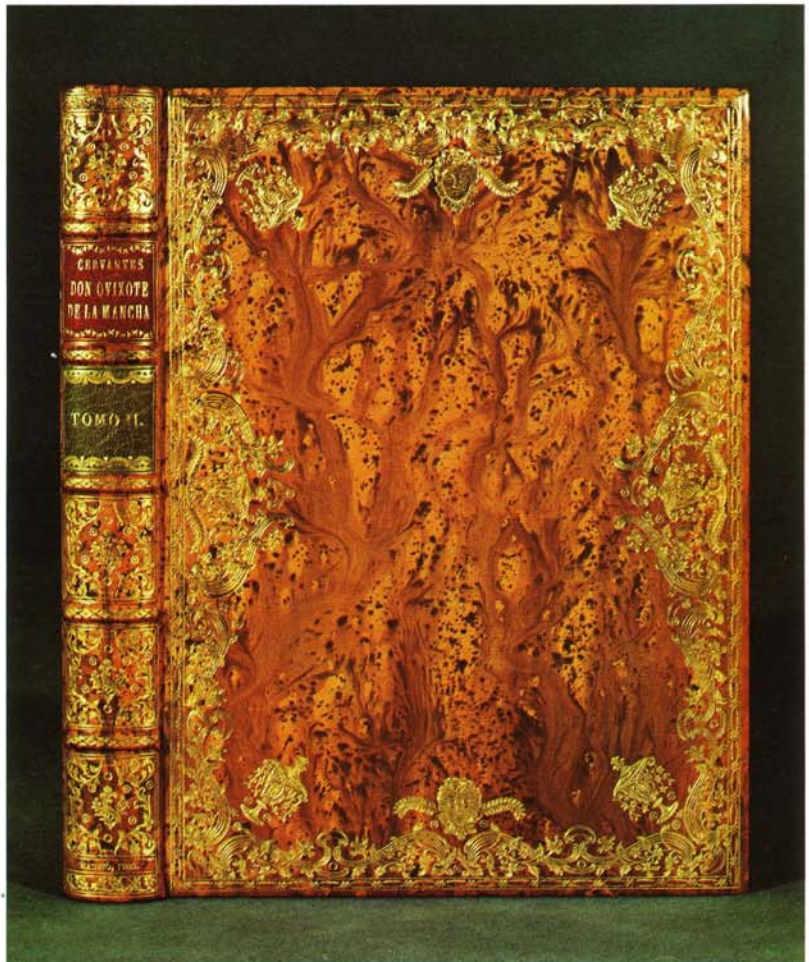
las letras del título directamente estampadas sobre la piel del lomo, sin tejido (3).

La meta no está en la belleza del adorno añadido, sino en la de la encuadernación desnuda, en sí misma, que no perdona el menor defecto o imperfección y que en otra puede disimularse con el relumbrón del oro. La mengua de estímulos visuales nos ha forzado a captar los táctiles, para cuyo resumen embelesado volvemos a Brugalla: «...justa proporción de las partes con el todo; el grueso de las tapas sin defecto ni exageración; la suavidad de la superficie de piel o pergamino y sus contornos perfectamente encuadrados que el tacto percibe, con sus salientes alrededor que se denominan cejas; la lisa convexidad del lomo, neta, bajo los nervios prominentes, y su título dorado. La gracia del modelado sobre las trenchillas de finas hebras de seda que encabezan los extremos de sus cortes y, tantos otros detalles, en fin, que nada parecen y lo son todo... La mano adiestrada y sensible del hombre aplicado ha obrado el milagro, ha producido la belleza sin ostentación».

Hay personas que compran las encuadernaciones por metros, para relleno ornamental de muebles o estanterías, como siempre existieron gentes que se emborrachan sin paladear el vino; pero el buen catador lo escancia cuidadosamente, se recrea en su contemplación al trasluz, olfatea el aroma, cata el sabor y se complace en la observación atenta de la huella que el reflujo produce en el interior de la copa. Similarmente, el bibliófilo «catador de encuadernaciones» sigue una especie de rito en la valoración y disfrute del ejemplar precioso: abre lentamente el estuche, que si es de «petaca» debe tener un orificio que permita entrar el aire, para que su perfecto ajuste no haga el vacío e impida la apertura. Se pondrá los guantes, si no los tiene ya colocados, o agarrará el libro con una gamuza; extenderá el brazo para contemplarlo de lejos, lo abrirá luego con pausa, para mirar guardas, cajos y contracantos cerrándolo después con «pomposa sonoridad», para pasar al análisis minucioso de la ornamentación de lomo y tapas, variando la inclinación

1.- Pedro de Medina, "Arte de Navegar". Valladolid, 1545. Encuadernación en marroquín rojo, doblada de marroquín azul. Decoración emblemática, recordando la sobriedad de algunas de la época. Su construcción y grueso de cartones, son perfectos. "El célebre librero Mr. Kraus dijo que era una de las encuadernaciones más elegantes que había visto. De los tres ejemplares que he hecho de este rarísimo libro, es el mejor. Su lavado, encolado y planchado son perfectos.

2.- Miguel de Cervantes. "Don Quixote de la Mancha". 4 tomos. Ibarra 1780. Encuadernación en piel de cabra lisa. Jaspeado y decorada con hierro tipo Sancha, enriquecida con hierros de la misma época. Guardas pintadas al baño y cortes igual que la guarda. "Es una edición de las más estimadas por su impresión y grabados".





ante la fuente de luz para descubrir en los matices del brillo los posibles defectos o, en su deseada ausencia, la perfección del dorado. Acercando luego el libro, o con la ayuda de una lupa, se pasa al análisis de cada uno de los fragmentos del dorado para ver si se utilizó alguna plancha o «hierro compuesto» o, por el contrario, está toda realizada con «pequeños hierros»; estudiar el empalme de las líneas, etc. Una vez satisfecho con la perfección material de la ejecución de la obra, con el oficio, pasará a la valoración estética del conjunto, pues en esto es donde el encuadernador puede dar el salto de artesano experto a artista. Pese a un alarde de buena ejecución, el encuadernador puede recargar en adorno o colorido, hacerlos inarmónicos, o quedarse en la mediocridad de lo «bonito», o, por el contrario, con las proporciones, armonía, elegancia, adecuación de la envoltura a la época y texto del libro conseguir una de esas joyas de la encuadernación, presa codiciada por los coleccionistas o pieza de museo.

Es entonces cuando, excepcionalmente, y con las manos recién lavadas y completamente secas, puede acariciar el libro.

«¿Por qué tantos miramientos, gamuza, guantes...?»

Las grandes encuadernaciones son obras de arte de belleza deslumbrante pero frágil; unas manos sucias, o simplemente sudorosas, dejarán huella indeleble; hay encuadernaciones que llevan más de cuatro siglos en perfecto

estado. Estas precauciones se comprenden ahora que tanto ha subido la cultura general y el precio de tales objetos, pero ¿cómo ha sido posible que, en siglos en que la barbarie ha destruido tantas cosas importantes, se hayan salvado esos libros? Muchos, por desgracia, también desaparecieron, pero ciertos libros siempre se consideraron un tesoro y, en general, sólo a ellos se arropó con encuadernaciones de gran valía, duplicando la de sus páginas. En los rescates de reyes solía incluirse objetos de este tipo, y los últimos de importancia que a España vinieron por este camino son los que se conservan en la catedral de Toledo procedentes del rescate de Francisco I de Francia.

Existe la costumbre de que la encuadernación encargada para un libro no debe superar en precio al que se paga por éste y, con los que he mencionado de las grandes encuadernaciones, es lógico que éstas sólo cubran manuscritos, códices miniados, incunables o ediciones singulares para bibliófilos exquisitos. Durante siglos existió también, y persiste, el vicio de encuadernar suntuosamente los libros que el autor dedicaba y regalaba a reyes o magnates; también libros devotos para uso de damas acaudaladas, las ejecutorias de nobleza e, incluso, guías y almanaques (los equivalentes de antaño a los «quién es quién» actuales) en que el cursi de turno venía citado y, por este motivo, hacía encuadernar con el máximo relumbrón. Lo cierto es que todos los coleccionistas modestos estamos en deuda con estos personajillos, pues gracias a ellos hemos podido hacernos con magníficas encuadernaciones que, por no contener libro interesante, quedaron en precio razonable; hasta que, en los últimos años, se han disparado, sea como fuere el libro que contengan, hacia alturas inasequibles al coleccionista medio.

EN EL TALLER

«¿Tenemos en Madrid algún encuadernador capaz de hacer esas encuadernaciones de museo?»

Retirado don César Paumard nos queda la maravilla viviente de Antolín Palomino, pero él y sólo él, y por desgracia no tiene discípulos, no ha hecho escuela, con él desaparece.

«¿Podría conocerle?»

Nada más fácil y agradable. Los sábados por las mañanas, a última hora, se forma en su estudio una tertulia reducida y simpatiquísima de bibliófilos de pro.

Era un día de invierno, en los años sesenta, y de esta conversación surgió la oportunidad de conocer a Antolín Palomino e iniciar una entrañable amistad que sólo buenos ratos y conocimientos difíciles de adquirir ha proporcionado. Antolín Palomino; ya el sonido de su nombre tiene un tono saltarín y casca-belero, premonición de su personalidad alegre y expansiva con la que cubre tris-

tezas, tragedias y problemas para que no hieran a quienes le aprecian.

Arribamos, al fin, al taller de Palomino, en un bajo de calle periférica del barrio de Salamanca; con la persiana metálica medio bajada y cartel de «Cerrado».

«¡Qué pena, hoy no está!»

No, siempre lo tiene así para espantar importunos (que son precisamente los que no se espantan por nada y entran a importunar —que es lo suyo—, pero Antolín, de buena fe sigue usando aún hoy, su ineficaz truquito).

Estaban los habituales de los sábados. A Palomino le hizo bastante gracia que yo fuese psiquiatra.

«¡Casi somos del gremio!»

«¿Por qué? ¿Es usted aficionado a la Psicología?»

«No, pero estoy como un cencerro.»

Celebró con alegres carcajadas el comentario, con entusiasta asentimiento de sus amigos, quienes, por fortuna, parecieron aceptarme bien y continuaron su charla sobre la común afición que allí les reunía.

A mi lado estaba don Blas Pérez, que me pareció especialmente afable y, sabiendo que había tenido durante su gestión como ministro de la Gobernación trato frecuente con mi padre, me atreví a preguntarle, en voz baja:

«¿Usted cree que Palomino me encuadernará un libro?»

Se acercó para que los demás no oyesen la respuesta. «¡Encuadernar un libro Palomino, hijo mío! Yo me conformaría con que me devolviese alguno de los que le traje para encuadernar hace diez años.»

«Pero entonces ¿a qué se dedica?»

«A encuadernar.»

No entendí, y diez años más tarde sigo sin comprender del todo, pero he comprobado que es cierto: Palomino me ha regalado libros muy valiosos, alguno encuadernado por él, «porque le dio la gana», pero los que llevé a su taller hace dos lustros por allí deben de andar perdidos; ya ni me molesto en preguntar (entre otras cosas, ahora sé que ninguno tenía categoría para que él lo encuadernase).

El pequeño grupo reunido se componía de bibliófilos entusiastas: Don José Fernández López, don Esteban Sancho, el marqués de Morbeq, a quien comentó el entonces embajador de Suecia en Madrid, don Carlos Borjestierna: «Morbeq, le he traído este catálogo de Estocolmo porque viene un ejemplar del Quijote de Didot, encuadernado por Simier, de los que usted colecciona.»

En aquel momento se abrió la puerta para dar entrada a don Bartolomé March, quien parecía tener mucha prisa. Traía monedas, unos ducatonos, para que opinase Palomino, quien es, al parecer, también experto en numismática, pero no esperó respuesta, pues aguardaba el coche con el motor en marcha. Antes de salir, preguntó:

«¿No está hoy el almirante?»

«Es raro que no haya llegado, porque son casi las dos», le contestaron.

En aquel momento llegaba don Julio Guillén Tato. Le abrieron paso, se dirigió a la mesa central pidiendo la vaciaron, apartó la capa y depositó una gran bandeja repleta de cigalas.

«Señores: Hoy es mi cumpleaños y quería celebrarlo con ustedes.»

Lo pasamos muy bien y marché sin ver ninguna de aquellas maravillas, pero con la puerta abierta al mundo extraño y fascinante de la bibliofilia madrileña.

SECRETOS DEL OFICIO

Extraña profesión la de encuadernar. Resulta que, en esencia, se continúa haciendo como en los siglos XV y XVI, utilizando los mismos materiales: papel, cartón, cuero, engrudo de almidón de arroz como pegamento, pan de oro y clara de huevo como adhesivo de éste, aceite de almendras dulces para que el pan de oro se adose al trocito ya marcado y untado de clara de huevo al que, aplicando el «hierro» (que es de bronce) caliente (a unos 90 grados), coagule la albúmina que pega el oro con tal fuerza que ya nada lo despegue y que permanece marcado exactamente con el dibujo del hierro, pues donde el calor y la presión no tocaron, la piel se desprende al pasar un paño, quedando nítido el diseño. Para que el oro no tenga «poros» hay que repetir el dorado, «repisar» dos, tres o cuatro veces; con precisión absoluta, que se logra al tacto,

pues la vista no afina tanto; el menor error emborrona para siempre el dibujo y esto puede ocurrir, y le ocurre al más experto.

Para el dorado de una encuadernación vulgar, «de taller», por supuesto sobra con la primera capa de pan de oro; no se «repisa». El mismo lomo o tapa se puede dorar chapuceramente en dos o tres horas; con un mayor cuidado exige de seis a ocho y, con la perfección de las encuadernaciones «de museo», ese mismo diseño llevará de cien a doscientas horas de trabajo a un artesano de habilidad excepcional y además artista y que, al equivocarse una sola vez, cuando ya está casi terminada la encuadernación —el dorado es lo último que se hace—, cuando lleva unas 400 horas de esfuerzo concienzudo, hay que romperlo todo y volver a empezar, pues con su firma no puede ir una encuadernación con el menor defecto. Así, una de las grandes encuadernaciones puede consumir un año de trabajo, diez o doce horas diarias de labor de precisión. Esto explica el precio cobrado, que, pese a ello, los grandes encuadernadores prácticamente no salgan de una situación económicamente apurada e insegura y que la profesión desaparezca. Es una noble estirpe humana en vías de extinción; los escasos supervivientes sólo se comprenden con la frase de Palomino: «Me gusta tanto mi profesión que me da vergüenza que encima me paguen, pero es con lo único que puedo comer.»

Una figura cumbre de la encuadernación, como es Antolín Palomino, necesita muchos más conocimientos que los del mero oficio. Ha de ser bibliófilo experto, saber distinguir, en los fragmentos de libros de antaño y sólo por la calidad del papel, el siglo al que pertenecen (para usarlo en la restauración de márgenes de libros contemporáneos a los del fragmento, y sólo en ellos), manejar idiomas, al menos para entender los libros y catálogos sobre el tema. Conocimientos muy profundos de la historia de la bibliofilia y encuadernación, para no cometer anacronismos en la ornamentación (los hierros de cada época, que siguen en líneas generales los mismos tipos ornamentales que los bronces de los muebles contemporáneos, pueden mezclarse casi en cualquier combinación con otros de la misma época, pero uno sólo perteneciente a otra, desentona como estallido en un concierto), dominar las peculiaridades cromáticas que armonizan con cada estilo de ornamentación, etc., etc.

No existe Escuela de Artes y Oficios, ni centro de enseñanza donde pueda proporcionarse tal formación ¿Cómo se adquiere? Vamos, al menos, a saber como la adquirió Palomino, la única explicación lógica sería el aprendizaje, largos años, al lado de un maestro de nivel similar. La autobiografía que Palomino ha tenido la generosidad de entregarnos, demuestra que no.



LA VIDA DEL ARTISTA

Nace Antolín Palomino Olalla en Fuentenebro, provincia de Burgos, en 1912. Su padre, Calixto Palomino, era cordelero, y falleció a los cuarenta años, tras permanecer tres enfermo, «en los que se comió hasta la última madeja de cáñamo. Yo tenía cuatro años y me di cuenta de todo». La madre se coloca, a servir, en otro pueblo y las tres hermanas, de dieciséis, trece y siete años, ingresan en un colegio de Madrid «de preparación para el servicio doméstico».

«A mí, me dejaron en el pueblo, con un tío lejano que tenía una casita con corral. El se dedicaba a pedir, y allí me quedaba yo solo, hasta que él venía al anochecer, contento o triste, según se había dado el día; comíamos lo que traía y así pasé hasta los seis años, siempre triste.»

A los seis años, desesperado de su soledad, el niño se lanza a una aventura de cuyo final, relativamente feliz, ha quedado testimonio gráfico en la foto en que aparece junto a su madre, vestido de pana, con alpargatas nuevas y una cadena de reloj. Todo este atuendo se improvisó para la fotografía, pues acababa de llegar cubierto de miseria y harapos. Se enteró en el pueblo que a la feria de Aranda de Duero acudiría su madre acompañando al amo a quien servía en La Aguilera. Convince el niño al carpintero del pueblo, quien emprendía viaje hacia Aranda, para que le lleve en su carro. Llega al mercado; entre la

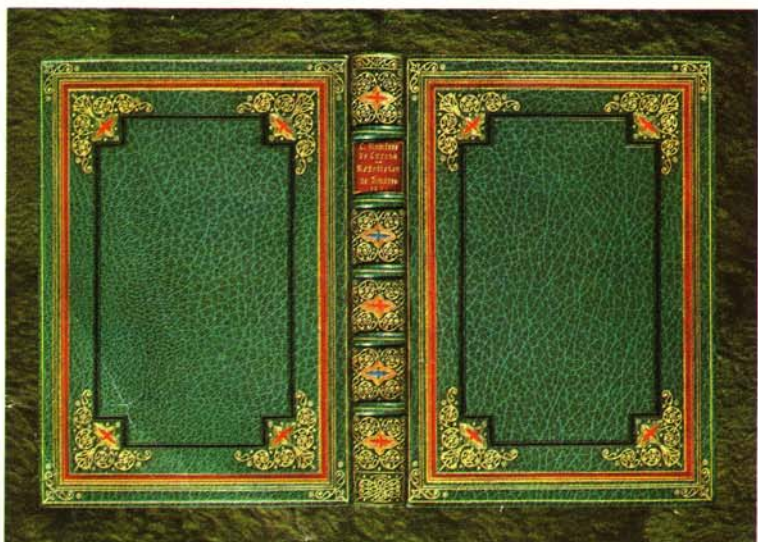




1



2



3

multitud, busca afanosamente a su madre, y... la encuentra. La escena debió ser tan patética que el amo de su madre, conmovido, le compra traje y alpargatas y presta la cadena para el retrato. «Además, me dio un duro, y comí con ellos besugo y cordero asado.»

El arrojó e iniciativa de este niño precoz le liberaron de lo que, de otro modo, hubiese sido su más probable destino: aprender de su lejano tío lo único que este podía enseñarle, la mendicidad, para toda la vida. Tuvo, de todos modos, que pasar por un largo calvario de soledad y amargura.

Tras dos años en un colegio «que salía demasiado caro», decidieron enviarle, contra su voluntad, al Postulante del convento de los Hijos del Corazón de María. «Me hicieron la maletilla y enviaron en tren hacia Alagón; pasé todo el viaje llorando. ¡Cuántas veces pensé tirarme del tren y terminar el suplicio de mi vida! Me esperaba en la estación un hermano lego; con mucha bondad me llevó al pueblo en una tartana. Me dieron una cena que olía a hospital y me vistieron de postulante: una bata negra con cinturón del mismo género, pantalón de pana negra y unas botas con botones que me las abrochaba con una horquilla de las que usan las mujeres para el pelo, y un cuello de brillo recto...»

Aguantó allí tres años, «pocos recuerdos me quedan buenos», y habiendo cumplido los once consiguió decidiesen «que no valía para misionero, por ser disipao, etc., etc.». Fue a llevarle a la estación el mismo hermano lego que a su llegada. «... Con cariño, me dijo: ¿Se acuerda cuando le vine a recoger aquí? Sí, le dije, fue una lástima que no me tirase al tren... Silencio... Me puso en el tren, me dio un beso en la mejilla acompañado de una palmadita en la cara, y me dijo: Suerte, hijo, escíbeme. Y me dio cuatro pesetas, que es el dinero que más me ha durado en mi vida y el que más he agradecido.»

Ingresa entonces en el Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús de Madrid, que regentaban los Hermanos de las Escuelas Cristianas, y permanece estudiando algo más de dos años, hasta cumplir los catorce, edad en la que era preceptivo abandonar el centro o escoger un oficio, decidiéndose, pura casualidad, por el de encuadernador.

En los últimos lustros, con los cursos de «formación profesional acelerada» y otros adelantos sociales, hemos perdido —por fortuna— la noción de lo que entonces era el adiestramiento en un oficio. En el Asilo, el primer año, no les pagaban nada; el segundo, diez céntimos diarios, y veinticinco céntimos en el tercero. Desde el primer día se trataba de sacar rendimiento económico al aprendiz, especializándole en una sola tarea para lograr un rendimiento industrial con mano de obra. A Palomino le enseñaron a plegar en tres dobleces;

1.- Interior de carpeta de escritorio, decorada con hierros del siglo XVIII y mosaicos de varios colores, sobre fondo de chagrín amarillo. Tamaño de la carpeta: 52 x 38 cm.

4



2.- Lope de Vega. "Fiestas de Denia". Valencia, 1699. Encuadernación en piel marroquin azul, con mosaicos de varios colores. Decoración con hierros "Le Gascón"; motivo central geométrico; en los ángulos, igual. Todo engarzado con hierros de volutas. "Libro lavado y encolado, siendo su encuadernación de gran dificultad, por el pequeño grosor del libro. Obra muy rara".

3.- Luis Ramírez de Lucena. "Repetición de Amores o libro del Ajedrez". Encuadernación en marroquin verde con varios hilos dorados en la tapa. Listones en mosaico rojo. pequeños hierros de puntillé, según el estilo "Le Gascón". Lavado y encolado. Ejemplar rarísimo.

4.- Fernández de Enciso. "Summa de Geographia". Sevilla, 1519. Encuadernación en piel marroquin, color marrón, con mosaicos en azul y rojo. Encuadernación del siglo XVI, imitando las de Carlos IX de Francia. "Ejemplar muy raro. Tenía manchas de grasa, pues era libro muy consultado por los navegantes del siglo XVI. Lavado, encolado y restaurado. Ejemplar completo sin retoque ni facsimiles".

5



5.- Alonso Hernández. "Historia Partenopea". Roma 1516. Encuadernación en marroquin rojo. Decoración con hierros originales, con loros, faisanes, pavos reales, intercalados de flores y elementos decorativos de gran belleza. Libro lavado y encolado. Las grandes manchas de grasa que tenía desaparecieron.

6.- Interior de carpeta, fantaseada su decoración con hierros en mosaico, a prensa y a mano. "Grandes mosaicos en seco, o grofado, todo en un carácter típico del siglo XVIII, aunque sus esquinazos grandes fueran característicos de las encuadernaciones románticas. Fondo chagrín azul. De muy difícil ejecución por el gran tamaño: 52 x 38 cm.

6



con sus condiciones de superdotado para el oficio, alcanzó en seguida la cifra de 500 a la hora lo que, en vez de ser una voz de alerta sobre sus facultades, fue sólo incentivo para estancarlo allí y aprovechar así esa especie de máquina humana gratuita. Cuatro años estuvo en el taller de encuadernación, teniendo que aprender la mayoría de las maniobras profesionales interesantes a hurtadillas, fijándose en cómo lo hacían los operarios mientras él seguía plegando; y practicando a solas, fuera de las horas de trabajo, con retales que adquiría, ya que en el taller no les dejaban ejercitarse para que no gastasen pieles ni oro. «No obstante, aprendí a forrar libros».

Al cumplir los dieciocho años, encontró trabajo en la encuadernación «Casa de Blass» cuyo dueño, don José de Blass, desde el primer momento le muestra aprecio y admiración por las facultades y afán de perfección que demuestra, que quedan limitadas a las tareas de taller, pues entonces Palomino aún no había tenido contacto con ninguna encuader-

Charles Estienne. "De dissectione partium corporis humani". Paris, 1545. "Célebre impresión de Simón de Colinges que, junto con Gofredo Tory, dieron esplendor a la imprenta de Francia en el siglo XVI. Tamaño 38 x 25 cm. Encuadernación en marroquín marrón con guarda interior de piel oasis color salmón. Gran motivo central y esquinazos, con hierros azules muy en boga en el siglo XVI en Francia, Alemania y, sobre todo, en Anveres, en los libros de cartografía hechos en pergamino. Está enriquecida con mosaicos en compartimentos, rodeada de arquillos y hierros de composición en azulre".



nación artística. Las conoce a través de un cliente, don Roque Pidal, que le hace encargos de restauración, que Palomino ejecuta terminada su jornada laboral del taller en uno rudimentario, que monta en su domicilio, para seguir haciendo lo único que de verdad le ha gustado hacer: Trabajar con amor en su oficio llevándolo al límite de perfección.

Pidal le enseña encuadernaciones compradas en París y Londres. Palomino queda deslumbrado, se le abre un mundo nuevo en el que se adentra sin más guía que el estudio embelesado de esos ejemplares, intentando imitarlos, reinventando las técnicas que nadie le enseña, por pura intuición y entusiasmo, repitiendo las maniobras una y otra vez, modificando los procedimientos: «... Meses y meses tiraba a la basura mi trabajo. Mi madre, que había venido a vivir conmigo, se enfadaba porque gastaba luz, y casi todos los ahorros en pieles y oro para practicar».

BALANCE DE UN ARTISTA

En este afán de constante superación está el único secreto del «milagro Palomino». Trepando por este sendero a un ritmo de trece horas diarias de trabajo ha ido subiendo de artesano ejemplar a orfebre del libro, llegando a convertirse en un pequeño Benvenuto Cellini de la encuadernación y, saltando el barranco de su deficiente formación cultural originaria, en un verdadero erudito.

En el prólogo del libro «La Batalla Naval del señor Don Juan de Austria», que ha podido publicarse gracias a él, pues fue Palomino quien descubrió el manuscrito y su carácter de inédito, ha escrito don Julio Guillén: «... ese maravilloso encuadernador que es Antolín Palomino, al que se le puede aplicar la alabanza que el francés Bourgoing dedicó a Mazarredo al proclamar que su sólo nombre constituía un elogio aún fuera de su país. El taller de este gran artista, buen catador de libros raros o de verdadero mérito tipográfico, desde hace años se ha convertido en cumplido foco de información bibliográfica frecuentado por sus clientes coleccionistas y bibliófilos y, en ocasiones, en interesante y erudita Peña de amantes del buen libro... con la modesta participación de algunos como yo, simple aficionado y aún envidioso de tanta maravilla como la que por allí pasa y se encuaderna; pero sobre todo, antiguo admirador de la recia personalidad de Palomino, de sus milagreras manos...».

El «Caso Palomino», desde el punto de vista egoísta de sus compatriotas, tiene un aspecto positivo y uno negativo. El positivo se basa en que «gratis», sin haberle dado nada, él nos ha proporcionado un prestigio internacional que coloca en su especial quehacer a España en lo que nunca fue: en la cumbre mundial de la encuadernación artística. Desde su modesto taller madrileño, el prestigio irradia a cualquier lugar o país donde se reúnan amantes del libro, y con ello a todos nos beneficia. Basta una tarjeta suya para abrir cualquier puer-



Cayo Salustio Crispo. Ibarra-Madrid, 1772. Edición hecha por el Infante don Gabriel. "Es tenida por librerías y bibliófilos de todo el mundo como el mejor libro impreso en España en el siglo XVIII. Tan importante como las famosas impresiones de Bodoni en Parma. Encuadernación en marroquín rojo. Decoración tipo Sancha, pero con algunas variantes. El jarrón central, composición original mia, fue grabado por el artista Manuel Gil Guerra".

ta de un reducto de la bibliofilia internacional. Palomino une a la absoluta perfección técnica un gusto exquisito, una elegancia natural que sumada a su erudición hace de cada una de las encuadernaciones salidas de sus manos una obra maestra digna de permanente admiración.

El aspecto negativo es la ausencia de escuela. Palomino no tiene discípulos a quien transmitir este tesoro para que nos lo conserven. Mejor dicho, no los tiene en España. Lo que nosotros no supimos aprovechar, otros lo han recogido: En 1953 le contrató la República del Salvador, por iniciativa de su presidente, para que durante dos años impartiera enseñanza. Así lo hizo hasta 1955. Allí ha quedado la semilla que, quizá algún día, pueda rebrotar entre nosotros. Si es que no se opta por mejor solución: aprovechar lo que hasta ahora se ha desperdiciado, consiguiendo repita aquí lo que ya hizo en El Salvador.

1. Emilio Brugalla: «La orfebrería, el libro y la encuadernación». Barcelona, 1966.

2. Huella del «hierro» caliente sobre el cuero humedecido, que destaca en color oscuro.

3. Pieza de cuero, de distinto color a la del resto de la encuadernación, sobre la que se estampa el título.